

lidad. No obstante, para que pueda verificarse este supuesto, se requieren determinadas condiciones exigidas, no sólo por la ortodoxia, sino por las sanas leyes de la crítica. Por otra parte, la Iglesia ha contado siempre esta obra entre los libros de carácter histórico, y en favor de esta tradición eclesiástica abogan la forma narrativa, viva y real, aunque sencilla y desprovisto de ornato poético, los datos genealógicos, incomprendibles en una obra de imaginación, y la verdad de los caracteres, y en particular de la protagonista. Hay que reconocer, por tanto, que el libro de Judit nos presenta algunos problemas delicados, en cuya solución no hay unanimidad ni siquiera en el campo católico.

### EL PROBLEMA TEXTUAL

Está en primer lugar el problema del verdadero texto, pues el libro no ha llegado hasta nosotros en su texto original, que era probablemente hebreo, sino en versiones y adaptaciones que se diferencian mucho las unas de las otras. Hay una traducción griega de la cual existen tres tipos diferentes, y de ella proceden el texto siríaco y el latino prejerónimiano. La que figura en la *Vulgata* fué hecha, naturalmente, por San Jerónimo, pero lo que él nos dice sobre la manera con que realizó su tarea —elucubración de una noche— nos da escasa tranquilidad con respecto a la perfección de su traducción, que, según nos dice él mismo, fué bastante libre y con ayuda de varios códices muy variados, que él quiso armonizar y amputar. Tenemos, por tanto, primero, un texto hebreo perdido; segundo, una versión aramea; tercero, la versión verbal hecha del arameo en hebreo, hecha por algún intérprete que el santo tenía a su disposición, y cuarto, finalmente, la forma latina dictada por el autor de la *Vulgata* a su

amanuense. En definitiva, si por lo que a la sustancia se refiere, podemos tener cierta seguridad de poseer el libro de Judit en su primitiva contextura, hay seguramente muchos pormenores de los cuales no es posible responder. De aquí las diferencias en la cronología, las corrupciones del texto, las alteraciones en los nombres de personas y lugares, que nos revela la comparación de unas versiones con otras.

### EL PROBLEMA HISTORICO

Tal vez de esa corrupción de los textos proceda el problema histórico que no se ha resuelto todavía. Se nos habla de un rey Nabucodonosor y por otra parte la narración no parece desarrollarse durante el poderío babilónico. ¿Cuál es el verdadero cuadro histórico y geográfico? Se han presentado dos hipótesis principales. Para unos, el Nabucodonosor de Judit sería el rey de Nínive, Asurbanipal, y en este caso los sucesos se habrían desarrollado en tiempo de Manasés; otros, en cambio, defienden con buenas razones la opinión sustentada ya en la antigüedad por Sulpicio Severo, según la cual habría que encajar la historia de Judit en tiempo del rey de los persas, Artajerjes III Ocus (359-338). En todas las soluciones queda algún punto oscuro, debido en parte a nuestros conocimientos poco precisos de la primitiva historia de los reyes medos y de los persas. Se nos habla de un Arfoxad, rey de Media, cuya identificación nos ofrece una de las mayores dificultades del libro. Su nombre es considerado por algunos como una deformación del de Ciájares, pero de éste sabemos que ni edificó Ecátana ni fué derrotado y muerto por Asurbanipal. Sin embargo, siempre podemos preguntarnos: ¿Decía el original hebreo lo que leemos en la versión griega o en la adaptación latina de San Jerónimo? A falta del ori-